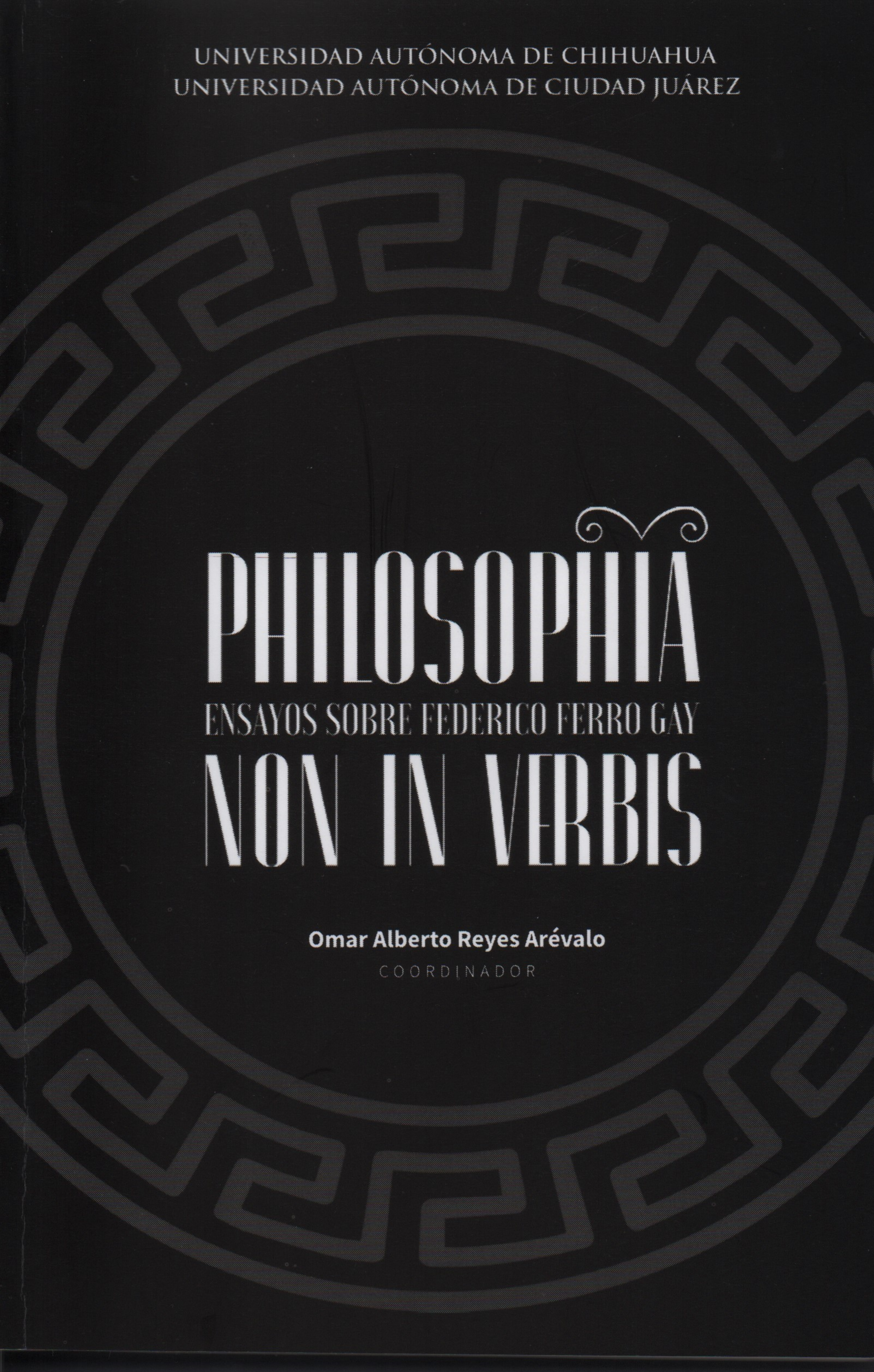


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CHIHUAHUA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE CIUDAD JUÁREZ



PHILOSOPHIA
ENSAYOS SOBRE FEDERICO FERRO GAY
NON IN VERBIS

Omar Alberto Reyes Arévalo

COORDINADOR

D.R. © Omar Alberto Reyes Arévalo (por coordinación)

© Universidad Autónoma de Ciudad Juárez
Avenida Plutarco Elías Calles 1210
Fovissste Chamizal, cp 32310
Ciudad Juárez, Chihuahua, México
Tels. +52 (656) 688 2100 al 09

Universidad Autónoma de Chihuahua
Campus Universitario I s/n
Chihuahua, Chih. México, C.P. 31178
Correo: editoria@uach.mx
Tel. (614) 439-1853



Primera edición, 2024

Philosophia non in verbis. Ensayos sobre Federico Ferro Gay / Omar Alberto Reyes Arévalo, Coordinador.- Primera edición. -- Ciudad Juárez, Chihuahua, México: Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, 2024.-- 172 páginas; 22 centímetros.

ISBN UACJ: 978-607-520-516-8
ISBN UACH: 978 607-536-149-9

Contenido: Introducción / Omar Alberto Reyes Arévalo.— Prólogo Pro Nobis / Arturo Rico Bovio.— Recuerdos. Un portal abierto al conocimiento / Victoria Irene González Pérez.— Filósofo congruente / Ricardo León García.— Un hombre grande / Joel Cortés.— Un clásico en el septentrión / Marlon Martínez Vela.— La conducción de la propia vida / Héctor Pedraza Reyes.— Pretextos. Antígona / Rubén Lau Rojo.— ¿Nos atañe el pensar de la Edad Media? / Luis Felipe Jiménez Jiménez.— Un filósofo genovés en El Paso del Norte / Margarita Salazar Mendoza.— Acercamientos. La praxis educativa / Ulises Campbell Manjárez.— La idea de los "clásicos" / Jorge Ordóñez Burgos.— Curso elemental de latín: Un ideario secreto / Ricardo Viguera Fernández.— El legado del maestro en la carrera de Sociología y la educación superior / Jorge Balderas Domínguez.— Breve historia de la literatura italiana / María Yatzil Franco de la O.— Philosophus in umbra pervivit / Omar Alberto Reyes Arévalo.— Destino. Su regreso al Mediterráneo / Claudia Piña Navarro.—

1. Ferro Gay, Federico, 1926-2006 - Filósofo - Ensayos
2. Filósofos italianos - Siglo XX
3. Ferro Gay, Federico, 1926-2006 - Biografía
4. Ferro Gay, Federico, 1926-2006 - Obras
5. LC - B52.3M6 P45 2024

La edición, diseño y producción editorial de este documento estuvieron a cargo de la Dirección General de Comunicación Universitaria, a través de la Subdirección de Editorial y Publicaciones

Coordinación editorial:
Mayola Renova González
Cuidado editorial:
Subdirección de Editorial y Publicaciones
Diseño de portada y diagramación:
Gerardo Sotelo Castillo

CONTENIDO

- ∞ **Introducción**
Omar Alberto Reyes Arévalo 11
- ∞ **Prólogo Pro Nobis**
Arturo Rico Bovio 15

RECUERDOS

- ∞ **Un portal abierto al conocimiento**
Victoria Irene González Pérez..... 23
- ∞ **Filósofo congruente**
Ricardo León García 27
- ∞ **Un Hombre Grande**
Joel Cortés..... 35
- ∞ **Un clásico en el septentrión**
Marlon Martínez Vela 39
- ∞ **La conducción de la propia vida**
Héctor Pedraza Reyes..... 45

PRETEXTOS

- ∞ **Antígona**
Rubén Lau Rojo 57

∞ **¿Nos atañe el pensar de la Edad Media?**
Luis Felipe Jiménez Jiménez.....63

∞ **Un filósofo genovés en el Paso del Norte**
Margarita Salazar Mendoza73

ACERCAMIENTOS

∞ **La praxis educativa**
Ulises Campbell Manjárez.....81

∞ **La idea de los “clásicos”**
Jorge Ordóñez Burgos87

∞ **Curso elemental de latín: Un ideario secreto**
Ricardo Viguera Fernández107

∞ **El legado del maestro en la carrera de Sociología y la educación superior**
Jorge Balderas Domínguez.....125

∞ **Breve historia de la literatura italiana**
María Yatzil Franco de la O.....133

∞ **Philosophus in umbra pervivit**
Omar Alberto Reyes Arévalo139

DESTINO

∞ **Su regreso al Mediterráneo**
Claudia Piña Navarro.....157

FILOSOFO CONGRUENTE



RICARDO LEÓN GARCÍA

Lo conocí en 1988 dentro de la oficina que ocupó durante años... ¿oficina? Bueno, una minúscula y oscura covacha sin ventilación, donde se guardaban los materiales de uso más inmediato en la oficina en el viejo edificio de la rectoría de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez. La prioridad allí eran las hojas de papel, las cintas de máquina, papel carbón, variados instrumentos de escritura, de corte y de pegado, floreros, tazas, café, azúcar y la cafetera; claro está, no sin olvidar el oloroso almuerzo que sería consumido en cualquier momento en que el jefe se ausentara para estar presente en alguna reunión de sumo interés y trascendencia para el mundo académico fronterizo. Él, siempre pegado a la cafetera, no por gusto, sino porque no había otro espacio. A pesar del encapsulamiento, apenas entraba a la guarida, lo primero que hacía era servirse una taza de café, encendía un cigarrillo y golpeaba sin clemencia las teclas o se quedaba absorto ante lo que leía en algún libro, siguiendo siempre la lectura con el dedo índice de su mano derecha.

Me dio mala espina que un señor que apenas cabía en ese espacio estuviera allí metido horas y horas durante el día, ya leyendo plácidamente, ya disparando a quemarropa sobre una hoja de papel dentro del rodillo de una Olivetti Lettera de mi edad. Mala espina porque no sabía yo si su trabajo era vacío, tanto como el que tradicionalmente se hace en esas oficinas repletas de aburridos burócratas y cajas de documentos o si acaso era un personaje

al que se le castigaba por alguna osadía académica o política y que, por temor a un escándalo, se le tenía en una congeladora-sarcófago, en sentido literal y metafórico.

Con el paso de mis primeras semanas en la universidad, pues era yo una “nueva contratación”, fui aprendiendo a conocer a don Federico Ferro Gay. Proveniente de un área del conocimiento ajena a la del maestro, mi ignorancia sobre su persona, recorrido y área de trabajo, era mayúscula. Sin embargo, pronto supe de su trayectoria, de su estatura intelectual y fui testigo de su compromiso como difusor del conocimiento. Además de platicar constantemente con mis nuevos compañeros, alternando con el contacto con jóvenes estudiantes y fumando largo y tendido con él, fue creciendo mi conocimiento, el aprecio y una amistad que finalizó solamente con su ausencia de esta vida.

Nuestros encuentros fueron cotidianos, él y yo solos o junto con algunos otros colegas. A lo largo de poco más de tres lustros, tuve el honor de compartir casi a diario el café y el humo con don Federico. Las interrupciones se dieron tan solo por los periodos vacacionales, alguno que otro viaje, así como las enfermedades... Nada fuera de lo común en esta vida.

Los temas de nuestras tertulias eran de lo más variado. Con nosotros departieron personajes de la talla de Dostoievski, el Bautista, Umberto Eco, Juan Bosco, Guillermo de Ockham. Entre nosotros rondaron temas como el fascismo italiano, la corrupción de los jerarcas católicos y de otras iglesias, la estupidez de los políticos mexicanos, de los políticos italianos y así como la de todos los demás políticos de esta galaxia y de las circundantes. Hablamos mucho de la ética y de la construcción del conocimiento, de lo terrible que era la educación de la mayoría de los jóvenes a los que tratábamos de formar como profesionistas, de la importancia de la historia y del pensamiento filosófico, de la necesidad de que los estudiantes y sus profesores se adentraran en las obras literarias, de lo insípido de la cultura anglosajona y la banalidad de la vida cotidiana estadounidense, así como de la posibilidad de que todos tuviésemos acceso a una formación en la lengua original de los autores que contribuyen en la acumulación de nuestro conocimiento.

También tuvimos serias desavenencias en torno a los tipos de tabaco y marcas de cigarrillos, a la densidad del café, así como coincidencias y profundas reflexiones sobre el aroma del pan recién horneado, de la necesidad imperiosa de imponer el consumo del vino tinto y de los higos, sobre la diversidad de nueces y algunas otras delicadeces de ese tipo, igualmente de las diferentes formas de preparar —y comerse— el *panettone* y el chile pasado.

Si bien fueron raras las ocasiones en las que hablamos rotundamente de alguna persona viva en particular, también es cierto que ni de su vida ni de la mía tomamos elementos específicos para tratar en nuestras conversaciones. Una lástima, pues si bien mi vida no tiene interés alguno para nadie,

menos la tenía para el maestro Ferro; la de él habría sido fascinante conocerla al dedillo y en primera voz. Sin embargo, hubo algo así como un pacto no explícito, pero siempre se respetó. Estuvimos siempre de acuerdo en que mis incursiones por la antropología y por la historia no estaban destinadas a hablar de mí o de él, sino, como un ser metido noche y día en las vidas ajenas, mi objeto de reflexión siempre habrían de ser terceras personas, así que los demás fueron siempre motivo de nuestra imparable tijera.

“Déjese de pendejadas, Ricardo, y regáleme un cigarrillo”, me dijo don Federico muchas veces por la mañana, cuando se le habían agotado sus mentolados y no tenía más para chupar. Su desprecio, así lo entendí siempre, era hacia mis labores administrativas que atestiguó en diversas ocasiones. No se dirigía a mí de la misma manera cuando me veía muy entrado en la lectura de un libro o en la preparación de una clase. Aprendió a leer mis expresiones muy bien y salíamos a fumar, simplemente por cambiar de ambiente, pues en muchísimas otras ocasiones fumamos dentro de la oficina, del salón de clases, en el pasillo o donde se nos venía en gana. Por ello, cuando nos inundó la moralina antitabaco y se comenzó a prohibir la fumada en espacios cerrados, lo hicimos con más ganas, con mayor intensidad y nos preguntábamos por qué no prohibir la estupidez, la ignorancia, la sinrazón...

Hombre congruente con sus principios liberales, cristiano de la vieja escuela, respetuoso de la individualidad, comprometido con la disciplina, intolerante con la injusticia y adorador del acto de educar, don Federico Ferro Gay siempre me afirmó su sueño de contar a su alrededor con gente amante del conocimiento, sabedora del pasado y ansiosa por construir un mundo mejor, siempre a partir de la sensatez y el discernimiento.

Lo primero que hay que lograr, decía, es que toda la gente que desee dedicarse al saber debe dominar el pensamiento por medio del lenguaje y quien no conoce su lengua materna al revés y al derecho, no tiene la capacidad para armar un buen argumento lógico. Se debatía entre el coraje y la impotencia al darse cuenta de que algunos de sus colegas universitarios no pudieran escribir bien, pronunciar correctamente, que confundieran los significados de las palabras, que fueran incapaces de incrementar su léxico o que cometieran errores garrafales de conjugación verbal. “¿Y estos son los que enseñan a pensar?”, insistía una y otra vez. Motivo cuanto más adecuado para afilar la tijera, encender otro cigarrillo y entablar una rica conversación sobre la lengua española a las costillas de los deambulantes por los pasillos con pose de catedrático.

Enseguida, el recorte se extendía al sistema educativo nacional. La queja permanente, y motivo de un profundo pesimismo sobre el futuro del país al que tanto admiraba y sentía suyo, era la contumaz negativa de gran cantidad de jóvenes para intentar siquiera abandonar la cortedad de su léxico

español con la consiguiente imposibilidad de adaptar su pensamiento a la conversación y lectura en otra lengua. El desarrollo del lenguaje siempre fue una de sus máximas preocupaciones.

Claro, a mí me apabullaba cuando comenzaba con el latín o con el griego, "Aprenda latín, Ricardo". Jamás seguí su consejo. "Usted debe saber griego para entender mejor a Heródoto y Tucídides", me lo dijo más de una docena de ocasiones y cuando por fin acepté, a regañadientes claudiqué después de la segunda sesión y seguí dependiendo de las traducciones. No se diga cuando comenzábamos a intercambiar pareceres con respecto a Dostoievski, "Cuando lo lea en ruso, entenderá mejor lo que quiere decir". ¡Cuántas limitaciones en mi persona! "Pero no deje de obligar a los muchachos a que lean en inglés o francés, poco a poco entenderán su propia lengua".

Jamás dejaré de admirar, por ejemplo, la minuciosidad con la que preparaba lo que diría en clase. Y no me refiero a un discurso armado en el papel, ni el uso de esa maquinaria infernal a la que se dedica tanto tiempo para contar con el último grito de la moda de la tecnología de información y comunicación desde hace ya años (una presentación de PowerPoint), lo cual embelosa a más de uno, aunque sea un mero cascarón plenamente lleno de vacío. Todo lo cargaba en la cabeza. Cuando lo vi escribir alguna nota, después de hacerlo, rompía el papel y lo arrojaba al cesto. Al salón de clases llegaba con gis y borrador, o marcador y borrador, alguna vez algún libro y, hasta donde la normatividad se lo permitió, con un cigarrillo encendido entre los dedos.

Fueron muchas veces las que lo vi salir con gestos de decepción. "¡Parecen búfalos!", respondió en varias ocasiones después de preguntarle cómo le había ido en su clase. Mencionaba cómo muchos de sus alumnos discurrían el par de horas de su clase: "Solo mueven la cabeza tambaleándola mientras hablo. Pregunto si hay una opinión, la siguen moviendo y les digo que no han entendido nada, ¡oscilan igual!" Sin embargo, no cejó en su lucha, alguien debía estar atento, interesado en lubricarles los muelles del conocimiento. No dejaba de llegar preparado con lo que diría en cada sesión, nunca tuvo pretextos para ausentarse y solamente los síntomas que le impedían abandonar la cama o su hogar, eran motivo suficiente para no estar presente. Muchas veces llegó agripado, incluso con alta temperatura, pronto a cumplir con su sesión... aunque búfalos tuviera que lidiar.

Consciente estaba don Federico de que su papel era intentar que el estudiantado reflexionara su realidad, iniciara la tarea para aprender a elegir el mejor camino para cumplir con sus objetivos en la vida, ¡plantearse la posibilidad de definirse al menos un objetivo! Saber enfrentarse a las múltiples explicaciones acerca de la vida, saber moverse por el mundo y, sobre todo, sentirlo para comenzar a entenderlo. La insistencia para que lo hicieran quizá haya

rayado en lo que ahora se considera “un exceso”, por cierto. Algunos de sus alumnos me dijeron que Ferro era un tipo autoritario e intolerante, ¿lo era?

En los tiempos en los que las susceptibilidades se hieren con suma facilidad, un profesor que basa su método de trabajo en el aprendizaje disciplinado, que exige a cada estudiante el esfuerzo y la aplicación atenta que le corresponde llevar a cabo para aprender, que esté seguro de lo que quiere y que si no está dispuesto a efectuar su parte, nada le impide estar en otro lugar, donde no se convierta en un obstáculo para la formación de sus congéneres, provoca que la imagen de don Federico pueda contar con los atributos de la imposición, autoritarismo e intolerancia. ¿Grosero por haber dicho a un estudiante que no demostraba interés por aprender; intolerante por indicar los errores cometidos; autoritario por negarse a avalar una calificación aprobatoria cuando no había un trabajo de apoyo ni demostración de avance; apolítico por darse la media vuelta y retirarse cuando no había argumentos racionales de por medio; déspota por exigir respeto a los demás y tirano por demandar el seguimiento irrestricto de las normas y preceptos comunes? No puedo más que negar esos adjetivos en la persona de Ferro.

A principios del siglo XX, el intelectual chileno Nicolás Palacios afirmaba que la sociedad moderna marcaba un camino hacia la debilidad que impone el sentimentalismo ramplón. Esto obliga al eufemismo porque el lenguaje directo ofende. El sentimentalismo, insistió Palacios, amilana la voluntad del individuo, la debilita, al igual que su ánimo para el trabajo y prefiere discursos motivacionales a partir de una falsedad adornada de lisonjas, adulaciones y aplausos que un lenguaje directo y de acuerdo con lo que se espera de su actuación dentro de un proceso previamente determinado. Conforme se fue asentando la sociedad capitalista, conforme la persona deja de serlo para convertirse en un ente consumidor de cualquier mercancía, conforme las palabras bonitas crean un ambiente agradable para ejercer el deseado acto de adquirir bienes y servicios, la realidad se trastoca, se vuelve evadible, se le colocan máscaras y se exige el hueco derecho a ser como uno decide que quiere ser, “un feliz consumidor”. Ya nadie puede exigir, puesto que aparentemente se lesiona la voluntad propia y siempre ha de actuarse y hablarse bajo formatos establecidos dentro de lo que se considera políticamente correcto. Hay un desvanecimiento de la dialéctica aristotélica y los contrarios únicamente han de hablarse con cariño para evitar la enunciación de cualquier contradicción, no vaya a ser que se provoquen traumas o se laceren derechos banales.

En definitiva, Federico Ferro Gay era un hombre congruente. Jamás pudo haberle dicho a alguien que acababa de encontrar un área de oportunidad, sino que había cometido un craso error. No pudo aplaudir la intervención de persona alguna que solamente emitió incoherencias a partir de

su escasa experiencia con la que quisiera sustituir su falta de lectura crítica. Tampoco le habrá dado palmaditas de confort a quien era incapaz de conjugar el verbo ser, ni expresó un sincero “¡Usted puede!” a quien confundió el dativo con el acusativo. Cuando había tela de dónde cortar, las discusiones podían prolongarse por horas, argumento tras argumento, con todo respeto, pero sin ceder ante la vaciedad o lo irracional.

Esa congruencia hacía de Ferro un personaje único. No hubo un Ferro Gay dentro del salón de clases distinto al del resto del ámbito académico, ni otro entre sus amistades, así como tampoco uno más en el círculo familiar. Habló directo, sin rodeos. El poético *ornatus* de su discurso lo utilizó cuando de eso se trataba, también lo sabía hacer. Esgrimió argumentos contundentes y no pocas veces manifestó ignorar algunas cosas. Nadie lo pudo haber tachado de un sabelotodo, ni de pedantería intelectual. Expresó agradecimientos cuando era pertinente y nunca a manera de loa o encomio. Cuando percibió que su interlocutor trataba de ofenderlo, simplemente lo ignoró, evitó las discusiones sin sentido. Cuestionó la presencia de la gente que nada tenía que hacer a su alrededor o que carecía del interés para permanecer. “Usted se equivoca” fue una sentencia que le escuché muchas veces, aunque casi siempre se dirigió a mí. A veces fui testigo de sus expresiones tajantes cuando algún alumno faltaba a un compromiso: “¿De qué tamaño es su escasa responsabilidad?” o “Si no puede, ¿qué hace aquí?”

Cuando en alguna ocasión Ferro me pidió que hablara en su nombre con Charlie J. Bahm, profesor emérito de filosofía en la Universidad de Nuevo México, se me cayó la cara de vergüenza dos veces. Primero, porque a un ignorante como yo lo obligó a entablar una conversación con uno de los grandes conocedores del pensamiento oriental y, segundo, porque el Dr. Bahm me dijo que era yo un tipo muy afortunado al tener la oportunidad de convivir diariamente con un personaje de la talla de don Federico Ferro Gay.

La generosidad de su saber y la modestia de su ser son aspectos que siempre he de echar de menos. Ya no está con nosotros, pero seguramente quienes tuvimos la fortuna de tenerlo cerca, aprendimos de él todo cuanto nos pudo proporcionar y supimos retener. La riqueza de su sabiduría se expresó en su hablar cotidiano, en la tertulia con tabaco y café, en el aula, en los pasillos, en su oficina. Puesto que nunca le interesó formar parte de esa masa informe obediente a los designios de las burocracias científicas, poco se ocupó de tratar de destacar su pensamiento en publicaciones que ahora representan la única evidencia de la productividad académica y la razón de ser de quienes ostentamos los nuevos títulos nobiliarios en que se han convertido los grados académicos. Tampoco fue muy asiduo a la pasarela de congresos, coloquios, foros y encuentros. Tenía muy claro cuál era la trinche-

ra que debía ocupar en su batalla contra la insensatez y por la defensa del pensamiento humanista.

Nos hacen tanta falta personas como Ferro, con ese saber profundo de los clásicos. Necesitamos más gente como él, que no se amilane ante la banalidad de hoy, que hable de las cosas por su nombre y que someta a la reflexión todos y cada uno de los actos que pretendemos llevar a cabo. Requerimos de la generosidad y de la firmeza de convicciones, de personajes como don Federico, que obliguen a tomar en cuenta nuestra responsabilidad con la sociedad y rechazar el endiosamiento de lo superfluo. Debemos mirar a gente que, como él, da un sentido humanista a la actividad académica, que promueva el conocimiento de la diversidad lingüística para profundizar en la comprensión de las formas de concebir el mundo y que, con firmeza, podamos rechazar la estupidez, la estulticia, la vacuidad, la intolerancia y la injusticia. Echamos de menos a ese hombre que nos enseñó a sentir y entender los derechos fundamentales de la humanidad y evitó la confrontación con posiciones disfrazadas de un intelectualismo conformista con las tendencias dominantes del pensamiento actual.

Extraño a don Federico Ferro Gay, con un cigarrillo encendido en una mano y la taza del café en la otra, siempre lleno de ideas, de inquietudes, de cuestionamientos y de sonrisas.